

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

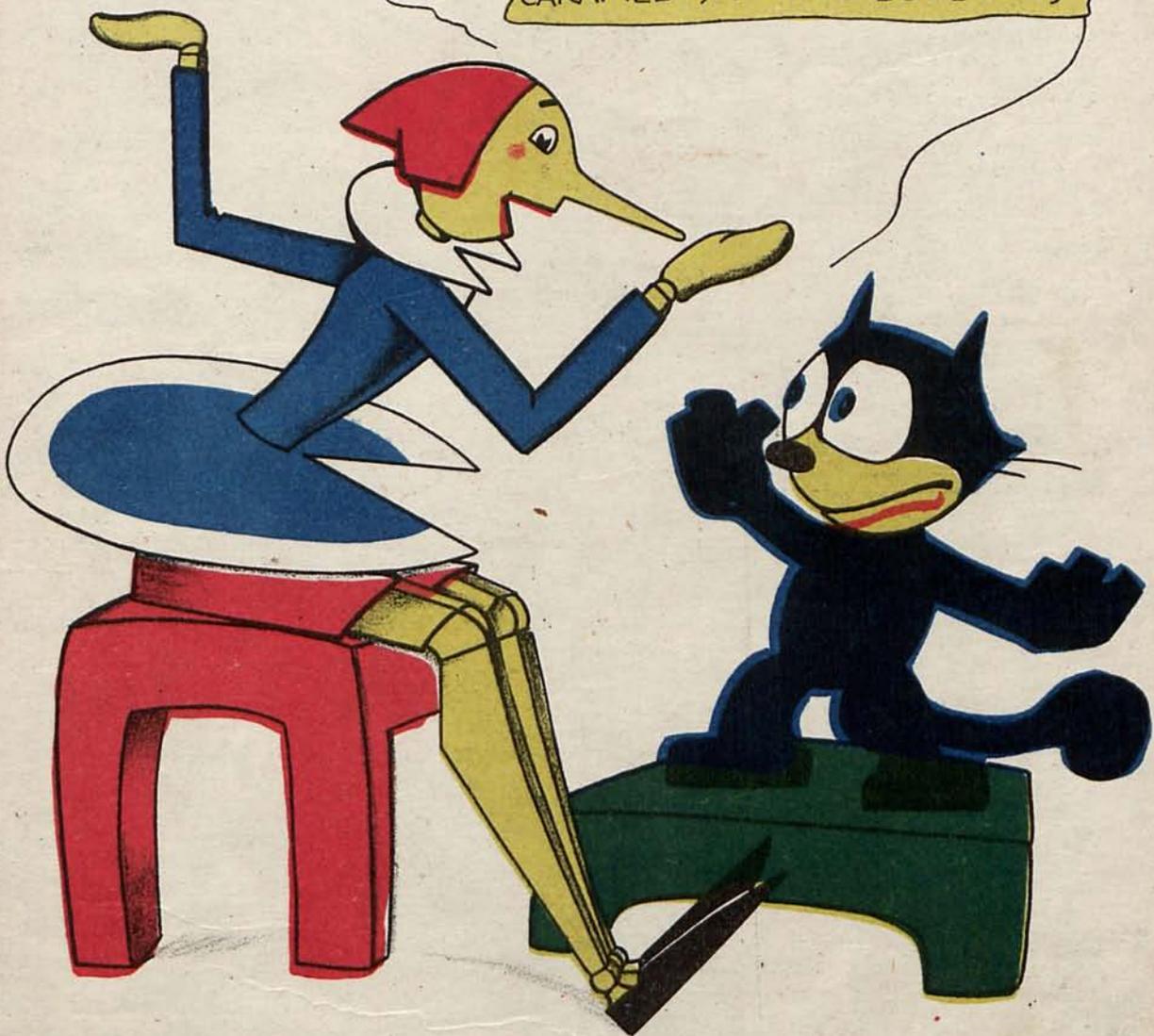
AÑO III
NUM 117

40 Cents.

15 MAYO
1927

ME HAN DICHO QUE HAS QUITADO UNA
CAJA DE BOMBONES Y ESO ESTÁ MUY FEO

TODO ESO ES MENTIRA. PRIMERO, QUE
YO NO HE QUITADO NINGUNA CAJA
Y SEGUNDO, QUE LA CAJA ERA DE
CARAMÉLOS Y NO DE BOMBONES



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





CUENTOS DE CALLEJA

DE PILLUELO A SENADOR.

Castillo

Cierta tarde encontrábame yo en la tribuna pública del Senado presenciando una sesión pesadísima interminable. Un amigo que se hallaba a mi lado, tan aburrido como yo, díjome, señalando a uno de los pocos senadores sentados en los escaños de terciopelo:

—¿Ves aquel señor grueso, calvo, con chaleco de piqué blanco? Fíjate bien en él y vámonos, porque aquí corremos peligro de dormirnos. Te contaré la historia de ese hombre.

El senador era un anciano como de sesenta años; su cara era gruesa, redonda y colorada como una amapola; los ojos apenas se le veían entre las peladas cejas y las abultadas mejillas; la nariz era chata y levantada como si quisiera subirse a las nubes; los labios, gruesos y las orejas enormes y carnosas. No tenía pelo de barba ni tampoco de cabeza, cuya calva brillaba como si fuera una bola de billar. Rostro tan feo picó mi curiosidad por conocer la historia que mi amigo me había prometido contar; así es que me apresuré a abandonar la tribuna y a salir con él a la calle. Ya en ella nos encaminamos al campo, y allí,

libres de los oídos de los transeúntes, contóme mi amigo la historia prometida. Aquel anciano, que tenía trazas de ser hombre riquísimo, había sido en su niñez un pilluelo, un chico desgraciado de esos que vagabundean por las calles. Era hijo de una pobre viuda que vivía de su trabajo y que a su muerte dejó al niño sin camisa, sin oficio y sin saber leer ni escribir; en cuanto se vió solo en el mundo se reunió con cuatro gandules y pronto dió con su cuerpo en la cárcel como autor de un robo hecho en una tienda. En la cárcel (contra lo que ordinariamente suele acontecer) encontró nuestro chicuelo su regeneración y su fortuna, porque un señor que por allí iba de cuando en cuando a

consolar, educar y socorrer a los presos se interesó por aquel pobre niño abandonado, que si continuaba solo llegaría a ser un bandido. Gracias a aquel señor, cuando el niño salió de la cárcel fue colocado en un buen comercio, honrado y cristiano, donde le sujetaban y libraban de los malos amigos y donde además le alimentaban y le vestían. El chico tenía vocación mercantil: en poco tiempo aprendió lo que otros no pueden aprender en muchos años; tanto, que, cuando llegó a los dieciocho, era un consumado negociante.

Entonces, en un momento de decisión, pensó que en aquel comercio ganaba poco para lo mucho que él valía, y que, puesto que Europa era pequeña para él, se iría a América y trabajaría con ahinco hasta hacerse archimillonario. Y como lo pensó, así se lo dijo al principal, que con gran sentimiento supo la determinación de aquel muchacho honrado y laborioso, a quien no pudo detener por más razonamientos y promesas que le hizo. Era aquella la época en que la vida naciente de las repúblicas americanas necesitaba elementos del viejo mundo para iniciar allí las sociales insti-



tuciones modernas; de suerte que con facilidad, aunque con gran trabajo y constancia, se hacían entonces fortunas inmensas, especialmente en los negocios mercantiles. Esto lo sabía muy bien el antiguo pilluelo, y sin pararse a razones, se fue desde Madrid a Santander, se metió en un buque, con el que cruzó el Atlántico, y desembarcó en Buenos Aires. Entró en un comercio en calidad de tenedor de libros, y entonces comprendió que si buenos pesos iba a ganar, sería a costa de no pocos sudores, porque el trabajo era improbo; allí no se descansaba nunca.

Pero, en fin, el pobre muchacho sufría todo lo posible esperando mejores tiempos. No fumaba, no iba



al teatro, no gastaba un ochavo siquiera; y así, a fuerza de paciencia y de privaciones, a los ocho o diez años de su estancia en Buenos Aires se encontró dueño de un capitaleje.

Entonces salió de aquel comercio, se declaró independiente y emprendió negocios por su cuenta.

Compraba aquí barato, vendía allí caro; tomaba parte en subastas, en fletes, en suministros, en empresas fabulosas; en sus manos diligentes el dinero crecía como la espuma del jabón; pero (como el hombre había ya sospechado) su fortuna se formaba a costa de su pelleja, pues el negociante se aviejaba atrocemente.

Continuó así hasta los cincuenta años.

Un día se levantó de distinto humor y dijo: «Basta».

Y comenzó a arreglar sus cuentas con objeto de retirarse de los negocios y volverse a la patria, a la patria querida, en la cual pensaba con más frecuencia a medida que transcurrían los años.

Cogió, pues, el hombre sus monumentales libros rayados; suma por aquí, resta por allá, multiplicaciones y divisiones van y vienen, en quince días arregló aquel laberinto de números y halló, como resultado final de sus operaciones, una buena cantidad de miles de pesos fuertes; es decir, que gracias a su esfuerzo se hizo millonario.

Vendió casas, barcos y terrenos, y con el dinero contante y sonante volvió a cruzar el Atlántico y desembarcó en Santander, desde donde se dirigió a Madrid.

Cuando llegó a la corte todo el mundo se apresuró a adularle: la aristocracia le abrió sus salones; el Gobierno le hizo senador; los periódicos le pusieron por las nubes, y buen número de damas de noble estirpe

no ocultaban su interés por el ricote *americano*.

Pero como nuestro hombre comprendía que todos aquellos honores no se le hacían a él, sino a su dinero, se guardó muy bien de dejarse engañar, temeroso de perder su

fortuna en pocos años sin sacar de ella el noble provecho que pensaba obtener.

El nuevo senador sabía muy bien gastar los pesos ganados.

Como había trabajado ímprobamente durante ocho lustros, decidió abandonar todos los negocios y dedicarse a comer tranquilamente los millones que tenía en compañía de sus antiguos camaradas los pilletes.

Hizo construir una suntuosa iglesia, un magnífico palacio, un gran hospital y una excelente escuela.

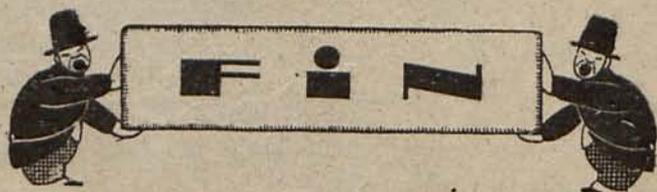
Todos los días salían sus criados a recorrer las calles de Madrid con objeto de convidar a comer

con el amo a dos docenas de tunantes de esos que no tienen dónde dormir ni saben a qué hora van a cenar.

El *americano* los obsequiaba, los atendía como a antiguos colegas y procuraba volverlos al camino de la honradez y del trabajo.

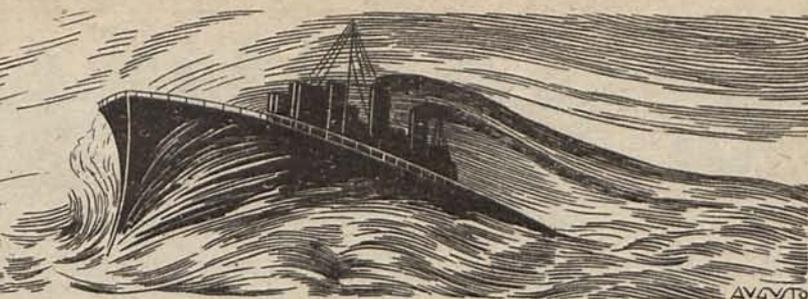
El Gobierno quiso dar al buen senador un título nobiliario; pero no pudo realizar su deseo porque el *americano* dijo que si no le hacían *Conde de los Pilluelos* no quería título ninguno...

—Ya ves —dijo mi amigo cuando acabó de contarme la historia del *americano*—, ya ves qué bien ha sabido este hombre emplear su dinero en favor de seres desgraciados, muchos de los cuales son malos porque nadie se ha querido molestar en enseñarles y facilitarles el camino de la virtud. El *Conde de los Pilluelos* gusta más de acompañarse de los pobres y necesitados que de meterse en elevadas esferas, en donde no son necesarios sus millones para sembrar el bienestar y el amor al trabajo.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

Espero, *mister*, que tendréis la cortesía de escucharme y de creerme, porque os juro por mi honor que os diré toda la verdad.

El capitán Davy soltó una estridente carcajada, mil veces peor que cualquier insulto.

—¡Ah! ¡La palabra de honor de un ladrón!... —dijo.

—Caballero...

—De un pirata, de quien deshonra los mares...

Alberto Wendover, vuestras explicaciones las daréis a los magistrados que han de juzgar vuestros delitos; yo renuncio a escucharos usando del mismo derecho, el del más fuerte, que usásteis vos, cuando, a bordo del crucero que robásteis, me impedisteis preguntar el motivo de vuestro odio para conmigo.

¿Queréis justificáros?... —dijo.

Decidme qué habéis hecho de mi hija, miserable; de mi hija que no tenía culpa de nada, sino de ser mi única alegría.

No os bastaba mi completa ruina, causada por vos, señor hundidor de barcos; no os bastaba la muerte de mi esposa, y mi suplicio; queríais también a Ellen para saciar vuestra horrible sed de venganza... Ellen, mi hija inocente...

¡Ah! Pero la medida se ha colmado y a la justicia divina se unirá la justicia de los hombres.

¡A mí, soldados! ¡Prended a ese hombre y fusiladle si opone la menor resistencia!

El suboficial que mandaba el pelotón puesto a disposición del Cónsul inglés por el Gobernador de Java, y cuatro guardias que hasta entonces habían estado de centinela tras de la puerta, entraron y apresaron con rapidez a Alberto Wendover, el cual no hizo la menor resistencia.

Miss Polly cayó, abatida, sobre una silla y comenzó a sollozar retorciéndose desesperadamente las manos.

El hombre a quien amaba estaba perdido; perdido sin esperanza y en el mismo momento en que ella venía a ofrecerle nuevamente la felicidad.

Sólo el viejo Presidente de los fenianos conservaba toda su sangre fría.

—Señor —dijo a Jaime Davy—; espero tendréis la atención de explicarnos en virtud de qué poder os creéis con derecho de ordenar la detención de un súbdito inglés en tierra extranjera.

—Os olvidáis —dijo, interviniendo, el Cónsul— que está presente un legítimo representante del Gobierno de Su Majestad la Reina Victoria, y de que este representante no sólo tiene el derecho, sino también el deber de apoderarse de los rebeldes a la Ley, especialmente cuando son sujetos tan peligrosos como el que detenemos hoy. Ea, basta de charla: condúzcase al prisionero.

Alberto se acercó, triste pero tranquilo.

—El señor Cónsul tiene mucha razón —dijo con amarga sonrisa—; no hace más que obedecer a la ley.

Por lo demás, tranquilizaos: he sido vencido y me resigno a mi derrota, dispuesto a sufrir las consecuencias.

Únicamente pido permiso para poder decir unas palabras a aquella pobre joven que me ama y a quien yo adoro. Quizá no la veré más porque sé muy bien la suerte que me espera, y creo no tendréis inconveniente en acceder a mi deseo. No tengo secretos, estad seguros; cuanto haga y diga podéis verlo y oírlo.

El Cónsul y el capitán Davy cambiaron con rapidez una mirada.

—Sea como queréis —dijo luego el primero—; seréis complacido.

Soldados, dejad libre al prisionero.

El suboficial y sus cuatro hombres se alejaron algunos pasos y esperaron apoyados en su fusil.

Alberto hizo una reverencia en señal de agradecimiento,

acercóse con rapidez a miss Polly y la levantó en sus brazos con ímpetu de pasión largo tiempo reprimida.

—María (!), mi único bien —gritó con voz ahogada—; todo contribuye a separarnos; todo se opone a nuestra felicidad: la ciega injusticia de los hombres y la invencible fatalidad de las cosas. Adiós; quizá en día no lejano la cuerda infame del verdugo apretará esta garganta y ahogará este corazón que no ha palpitado más que por ti y por su pobre patria... Querida, no me olvides; te juro que mi última palabra será tu nombre, para ti será mi último suspiro... ¡Adiós!...

Alberto apretó violentamente contra su pecho a su novia, casi desvanecida, depositó sobre su frente un fortísimo beso. Después...

Un grito unánime, en el que se mezcló el estupor más enorme y la rabia más tremenda, salió de boca de todos los presentes.

El prisionero había saltado a la ventana, que estaba abierta, habiéndose colocado sobre el afeizar con la agilidad de un felino y se había dejado caer en el vacío, exclamando:

—¡Así se salva el comandante del *Crucero sin nombre*.

Jaime Davy, el Cónsul inglés, el hostelero, el viejo Presidente y el suboficial, precipitaron a la ventana, y llegaron a tiempo de ver a nuestro héroe caer sobre el plano inclinado del toldo que se extendía a lo largo de la fachada del Hotel de Holanda, por encima de la puerta, del mismo modo que suele emplearse en los cafés europeos; del toldo caer al suelo o, mejor dicho, sobre las espaldas de un joven que, en aquel momento, iba a entrar en la fonda, y en fin, echar a correr más ligero que el viento, mientras el malaventurado, sintiendo caer sobre sí aquel peso inesperado, exclamaba con indescriptible acento:

—¡Cuerpo de cien mil javaneses asados!... Sabía que en este país hay cosas maravillosas; pero no que lloviesen hombres... ¡Eh, buen amigo; que mis espaldas no son de muelles como...! ¡Cuerpo de un...! ¡Es él!

Esta última palabra fué proferida por el joven desconocido, en quien nuestros lectores habrán ya reconocido al endemoniado Mop, en voz tan baja que nadie pudo oírlo.

Nuestro ex ladrón, habiendo reconocido a Alberto en el hombre que huía con tanta precipitación, imaginó graves sucesos, sin adivinar, sin embargo, la verdad, y se dijo:

—Prudencia, amigo...; nos habían dicho que debía de tratarse de una trampa:

¡Ah! ¿Qué sucede ahora?

En aquel instante el piquete, con el suboficial a la cabeza, salían corriendo a la calle y se lanzaban tras el fugitivo, mientras una turba de muchachos, uniéndose con la maravillosa prontitud que caracteriza a los pilluelos de todos los países, les seguían vociferando, como una bandada de monos y silbando como locomotoras.

Mop echóse a un lado y encogió filosóficamente los hombros.

—Bah —murmuró—; conozco al comandante: no se dejará prender con mucha facilidad y esos necios se romperán las narices antes de lograr echarle el guante.

Pero, pregunto yo: ¿cómo han podido descubrir a *mister* Alberto bajo su disfraz?

¿Quién ha sido el tuñante que ha tenido tal habilidad?

Ahí tenéis uno, mi querido Mop, a quien debemos cortar las orejas en la primera ocasión, pues se ha permitido una broma verdaderamente magnífica.

(!) Para quien lo ignore, advertimos que Polly es, simplemente, la forma familiar de Mary o María.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI

Dos abordajes. Dos tomos. CADA TOMO,
Los naufragos del «Spitzberg». Un tomo. **1,25 pesetas.**
Al Polo Austral en velocipédo. Dos tomos.



ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Y una vez que lo tuvo delante, ordenó a Ahmed Addanaf que registrara al famoso bandido; en su bolsillo encontraron la lámpara de perlas.

—Ven aquí, traidor —dijo el Sultán—. ¿De dónde te ha venido esta lámpara?

—La he comprado, oh Príncipe de los creyentes —contestó con cinismo.

—¿Dónde la has comprado? ¿Quién te la ha podido vender?

Diéronle una paliza y acabó confesándose autor del robo.

—¿Por qué hiciste esta villanía, traidor —le preguntó el Califa—, llegando hasta perder a Alá Addín, que era hombre fiel y de confianza?

Seguidamente el Califa ordenó detener a Camáquim y al gobernador. Pero éste exclamó:

—¡Oh Príncipe de los creyentes! Yo soy víctima de una injusticia; tú mandas que me ahorquen y yo no sé nada de este embrollo; lo prepararon la vieja, Camáquim y mi mujer, sin yo tener noticia. Yo me pongo bajo tu protección, oh Aslán!

Intercedió éste por su padre putativo, y el Califa le preguntó:

—¿Qué ha sido de la madre de este mozo?

—En mi casa está —contestó Jálid.

—Pues te mando —le dijo el Sultán— que ordenes a tu mujer que la vista con sus propias vestiduras y alhajas y que la vuelva a su primitivo rango de señora; y que quites los sellos puestos por el juez en la casa de Alá Addín, y que entregues sus bienes a su hijo Aslán.

Cumplió el gobernador las órdenes del Califa y entregó a Aslán las llaves de su casa. Aún dijo el Califa al mozo:

—Pídeme, Aslán, lo que quieras.

—Te pido, señor, que me reunas con mi padre.

—Lo más probable es —dijo el Sultán sin poder reprimir el llanto— que tu padre fuera ahorcado y muriese pero, por la vida de mis antepasados, juro que a todo aquel que me traiga noticias de que él está vivo, le daré cuanto me pida.

Adelantóse Ahmed Addanaf, prosternó su frente hasta la tierra y dijo al Califa:

Te doy la buena noticia de que Alá Addín Abusamat, el hombre de confianza y fiel, está sano y vivo todavía.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó el Califa.

—Por tu vida —contestó Addanaf—, que mis afirmaciones son verdaderas: yo mismo lo sustituí con otro reo condenado a muerte, lo llevé a Alejandría y le abrí una tienda de viejo.

—Te requiero a que me lo traigas —le ordenó el Califa.

—Oír es obedecer —dijo Addanaf.

Envióle el Sultán diez mil dinares y Addanaf se dirigió a Alejandría. A poco de llegar, tropezóse en la calle con Alá Addín; abrazáronse y se saludaron efusivamente. Addanaf le habló de las cualidades de su hijo Aslán, y le contó lo que había sucedido, sin omitir un detalle; Alá Addín lo llevó a su tienda y a su casa, donde su antiguo amigo tuvo ocasión de admirar los progresos de Alá Addín en el comercio. Al día siguiente vendió Alá Addín la tienda; Addanaf le informó del deseo del Califa de verlo, pero él dijo que deseaba antes visitar el Cairo para ver a sus padres y familia. Después de pasar allí tres días y, acompañado por su padre y por su madre, salió Alá Addín para Bagdad. El Sultán colmó de honores al expatriado, nombró a su hijo Aslán jefe de los Sesenta y todos pasaron el resto de su vida felices, hasta que fueron visitados por la que corta todos los placeres, la que separa todas las compañías.

FIN



Tapas para encuadernar PINOCHO

TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.

TOMO II.—Agosto-Diciembre, 1925.

TOMO III.—Enero-Junio, 1926.

TOMO IV.—Julio-Diciembre, 1926.

Precio de las tapas de cada tomo, 5 ptas.

Para los suscritores, 3 pesetas.



A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez **PINOCHO** sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a **Pinocho** y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a **Chapete!**

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo

(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:

EL CEMENTERIO FLOTANTE

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Continuación.)



QUÉ haremos de los cadáveres?—preguntó Jam Paddy con cierta emoción.

—Los dejaremos a la orilla del mar. Volverán a China en el próximo viaje.

—Todo esto me produce cierto efecto —dijo Jam conmovido.

—Son muertos y no nos ocasionarán molestia alguna. Además, si queréis ver a vuestro padre no tenéis a vuestra disposición ningún otro medio.

Se dirigió a dos ataúdes grandes, que estaban uno junto al otro, y destornilló diestramente la tapa del más inmediato.

Había dentro de ella una especie de momia que apestaba a resina, envuelta por completo en tiras de tela y en perfecto estado de conservación.

Joe la cogió, la llevó junto a la orilla del mar escondiéndola en la escollera, y en seguida destornilló otro ataúd.

En el segundo había un hombre de edad indecisa, que parecía muerto desde hacía algún tiempo y, a pesar de ello, estaba perfectamente conservado.

Joe lo llevó junto al otro. Apenas había terminado aquella siniestra operación oyóse hacia la playa el ruido de las cadenas del barco.

—Pronto, Jam —dijo el joven—. Animo; no es este el momento de dudar. Los marineros estarán aquí dentro de poco.

Paddy, reflexionando que sin aquella combinación hubiese tenido que resignarse a la idea de no volver a ver al pobre viejo que le esperaba quién sabe con qué ansiedad, se decidió sin más titubeos.

Se metió en el ataúd, después de haber extendido una de las alfombras de fieltro que emplean los chinos para acostarse, y, siguiendo las instrucciones de Joe, se echó la tapa encima, que atornilló por dentro, de-

jando una pequeña rendija para que el aire pudiese entrar libremente.

—¿Estáis? —preguntó Joe, que se encontraba a un paso de distancia.

—Sí —contestó Jam con voz ahogada.

—¿Cómo os encontráis?

—No sabría decirlo.

—Pronto os acostumbraréis. Ya se acercan. Dejaos llevar.

Unos hombres, que andaban pesadamente como todos los marineros y charlaban ruidosamente, entraban en la sala. Reían y hasta blasfemaban. Jam, acurrucado en el fondo del ataúd, medio asfixiado por el fuerte olor a resina de que estaba impregnado todo, oyó, durante cierto tiempo, un ruido endiablado, y después sintió que cogían el ataúd y lo sacudían rudamente.

Comprendió que lo llevaban a bordo del barco féretro.

—Empiezo a tener miedo —murmuró el irlandés.

Un pensamiento le había asaltado, helándole la sangre: Era el horrible miedo de ser colocado



en el fondo de la bodega y ser cubierto por un número tan grande de ataúdes que no le fuese posible levantarlos para salir al aire libre.

Pero no tuvo el valor de gritar a los marineros que le conducían:

—¡Abrid, que no soy un cadáver!

Sintióse echar dentro de algo que resonó profundamente, y después tuvo la sensación de que lo elevaban. Oyó ruido de cadenas y gritos, órdenes y blasfemias.

Después sintió una sacudida que le hizo dar con la cabeza contra las paredes del ataúd. Debía haber sido colocado sobre la cubierta del barco.

De pronto, sintióse elevar, dar vueltas en todos sentidos, y después le pareció que bajaba nuevamente.



Debían haberlo colocado en la bodega.
—¡Ahora llega el momento terrible!
—pensó el pobrecito—. Si me ponen encima otros ataúdes estoy perdido. ¿Y Joe, dónde estará? Si por lo menos lo hubiesen colocado junto a mi...

Sintió un choque bastante violento, y después el ataúd se quedó inmóvil. Había sido colocado en su sitio.

Los ruidos y los gritos siguieron durante una hora todavía, después oyó un largo y ronco silbido y una viva trepidación sacudió los costados.

La máquina se había puesto en movimiento, y el barco-féretro, con su lúgubre carga de cadáveres, dejaba la bahía de San Francisco para emprender la travesía del gran Océano Pacífico.

Ya un fuerte ruido había advertido a Jam que la escotilla había sido cerrada sobre aquel centenar de ataúdes.

—Esperemos un poco; luego me pondré a buscar a Joe —dijose Jam.

Esperó cerca de una hora, temiendo que algún marinero bajase y le descubriese, y cuando supuso que el barco se encontraba ya lejos de la costa y había desaparecido el peligro de ser llevado a tierra, destornilló la tapa. No podía más y le parecía no tener aire suficiente. Además, la posición incómoda en que había tenido que permanecer hasta entonces y las continuas sacudidas le habían deslomado. Intentó empujar la tapa y con horror dióse cuenta de que tenía encima algún otro ataúd y quizá varios. Sintióse erizársele los cabellos.

¿Tendría que permanecer allí dentro hasta el final del viaje?

Estaba provisto de viveres, lo mismo que de agua, pero quizá no fuesen suficientes, el agua sobre todo.

Decidido a todo con tal de sustraerse a aquella prisión, hasta que la tripulación descubriese su presencia, apoyó los pies contra la tapa y empujó con todas sus fuerzas.

Oyó un golpe sordo, como si algún ataúd se hubiese caído allí junto, y la tapa del suyo se alzó de un lado.

—¡Estoy salvado! —exclamó Paddy

Salió penosamente del ataúd, y al principio sintióse incapaz de servirse de sus piernas.

Los músculos se habían entorpecido y se negaban a obedecerle.

Dióse friegas, tratando de activar la circulación de la sangre y dar algo de elasticidad a las articulaciones, y por fin pudo dar unos cuantos pasos.

Había ataúdes por todas partes: a derecha, a izquierda, por delante y por detrás, que resonaban profundamente bajo sus pisadas; una obscuridad espantosa reinaba en la inmensa bodega.

Jam no era nada miedoso, sino todo lo contrario, y sin embargo, al encontrarse encerrado en la bodega de aquel barco, entre todos aquellos cadáveres, empezaba a sentir un horror invencible.

¡Si por lo menos hubiese habido alguna luz encendida!

Dió vueltas en torno de su propio ataúd, no atreviéndose a alejarse por miedo de no poderlo encontrar después, puesto que dentro tenía los viveres, y en seguida empezó a llamar, primero en voz baja, y después a gritos, a su joven compatriota.

Nadie contestaba; sólo respondían a sus llamamientos los roncros rugidos de las máquinas en movimiento.

—¿Tendrá un gran número de ataúdes encima

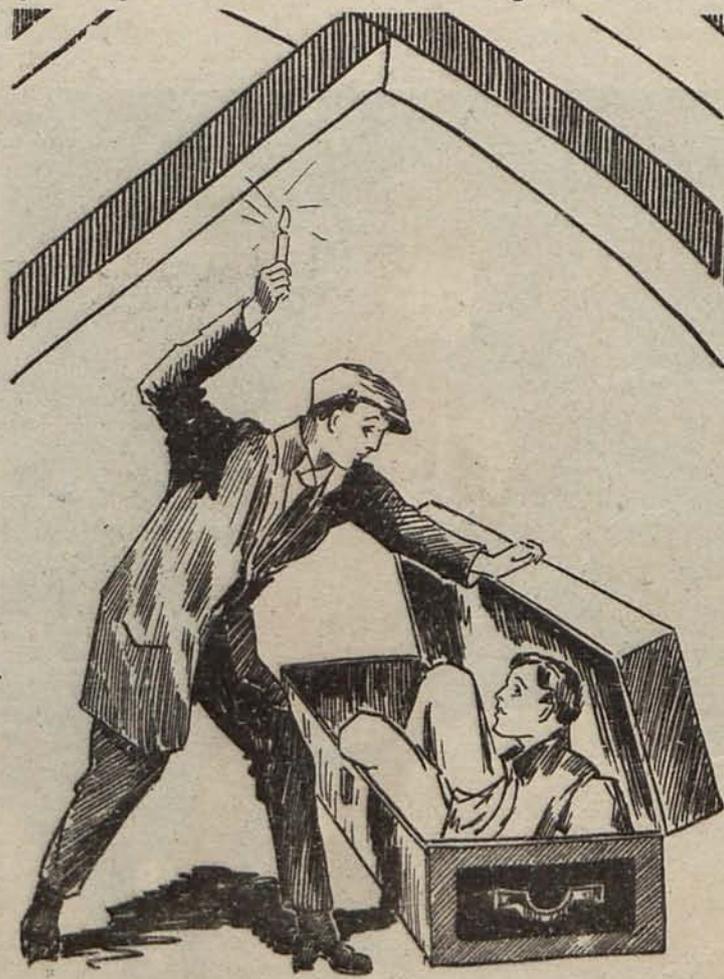
del suyo —se preguntó el desgraciado irlandés— y se habrá asfixiado? ¿Qué será de mí, solo, perdido en esta bodega? Si por lo menos hubiese tenido la precaución de traer una vela, cuando no tengo ni un mal fósforo...

Volvió a meterse en el ataúd, y, con la esperanza de recobrar ánimo, mordisqueó una galleta y bebió ávidamente unos sorbos de agua, pues reinaba en la bodega una temperatura de estufa. Después se puso a escuchar, creyendo siempre oír la voz de Joe.

Las horas pasaban entre continuas angustias, sin que su amigo diese señal alguna de vida.

Y seguía siempre aquella horrible soledad en plenas tinieblas, en medio de todos aquellos féretros que quizá a causa de los choques de las olas que hacían balancear el barco, se derrumbaban con un sordo ruido que se repetía con frecuencia.

(Continuará en el número próximo.)



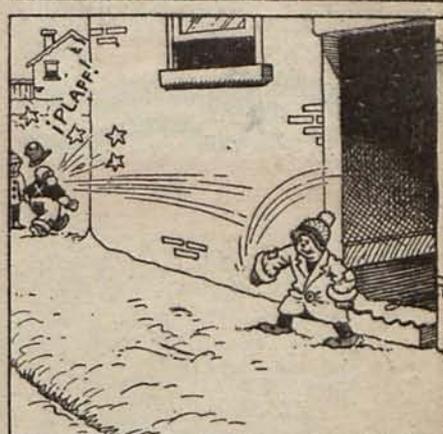
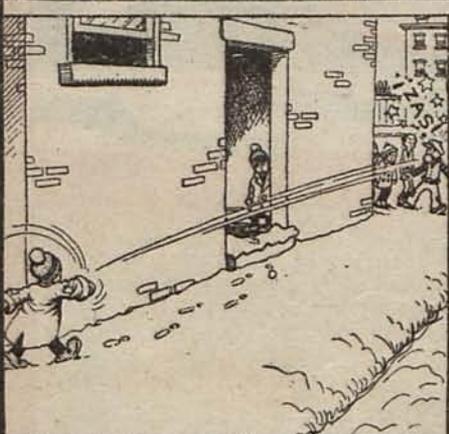
¡ESOS TONTOS CREEN QUE LAS BOLLAS DE NIEVE DAN EN NUESTRA NARIZ!

COLORÍN Y SU PANDILLA

NO. ESCUCHA... AHORA... ¿ME ENTIENDES?

¡sí!

¿COMPRENDEIS PINOCHISTAS? COLORÍN Y SU PANDILLA NO SABEN QUE ESTE MUCHACHO NO ESTAL MUCHACHO, SINO DOS MELLIZOS. Y COMO NO LOS ABEN ANDAN MEDIO LOCOS SIN ACERTAR LO QUE PASA. ¡VOSOTROS NO SE LO DIGAIS!



¡ATIZA! MIRAD DONDE ESTA!

¡ESTO ES SOBRENATURAL, YO LE VOY TENIENDO MIEDO!



¡YO NO CREO EN BRUJOS, PERO SI OPINO QUE SERA MEJOR NO SEGUIRLO

¡PUES YO TAMBIEN CREO QUE ES UN BRUJO

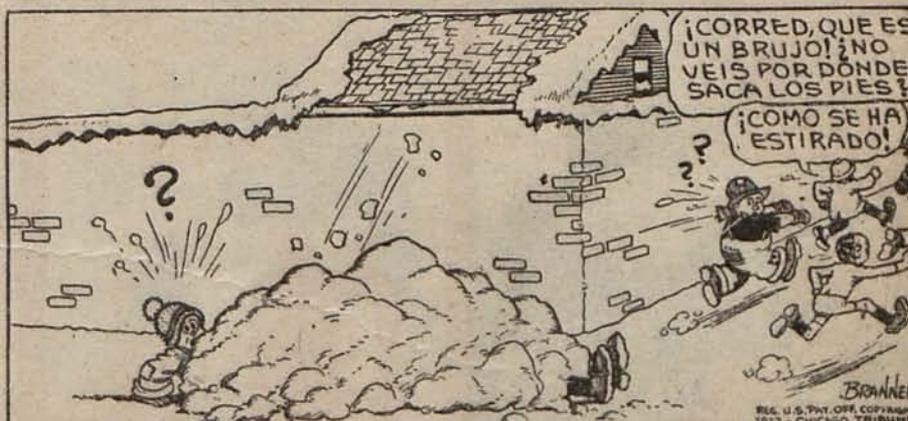


¡YA SABIA YO QUE PASARIA POR AQUI! ¡AHORA VA A SER LA NUESTRA!

¡LE ECHAREMOS TODA LA NIEVE ENCIMA!



¡VENGA, EMPUJAD!



¡CORRED, QUE ES UN BRUJO! ¿NO VEIS POR DONDE SACA LOS PIES?

¿COMO SE HA ESTIRADO!

BRANNER
REG. U.S. PAT. OFF. COPYRIGHT
1917 - CHICAGO TRIBUNE

A LOS PINOCHISTAS AMERICANOS

LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. (Catálogos gratis). Aun tratándose de pedidos muy pequeños, es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



1

2

3

4 ¿PERO QUÈ HACES TÙ CON UN PARAGUAS!

5 ¡PUÈS QUIERO QUE LLUEVA PARA PODERLO USAR!

6 ¡JA! ¡JA! ¡ESO ES DIGNO DE UN LIBRO DE CHISTES!

7

8

9 ¡OYE, ME DEJAS QUE ME META EN EL PARAGUAS CONTIGO!

10 ¡CLARO! ¡PASA HOMBRE!

¡ANDA, METETE, ESTA EL AGUA ESTUPENDA!

© 1927, by King Features Syndicate, Inc. - One Best photo material. PAT SULLIVAN 2-27-11

LAURA, LA COTORRA INDISCRETA

CON ESTE LIBRO DE VENTRILOCUISMO PRONTO SERÈ UN HACHA

¡VOY A HACER QUE MI VOZ SALGA DEL RELOJ!

¡HOLA!

ESTE LIBRO DEBE DE ESTAR EQUIVOCADO.

¡AHORA PROBARE A QUE MI VOZ SALGA DEL JARRÓN!

¡HOLA!?

¡POR LO QUE DE EL LIBRO ES SU VO!

¡NI REGALADO LE QUIERO!

COMPRO LIBROS VIEJOS

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

¿LADRONES EN ESTA CASA? ¡PUES COMO NO SEA PARA ENTRENARSE!

¡SEÑOR POTIPÁN! ¡ABAJO HAY UN LADRÓN! ¡LO HE OIDO TROPEZAR!

¡VALIENTES HORAS DE VENIR A ROBAR! ¡BUENO, DILE QUE AHORA VOY YO!

¿SE PUEDE SABER QUÉ BUSCAS A ESTAS HORAS?

BUSCO UN REVOLVER PARA MATAR A UN LADRÓN QUE ME ESPERA ABAJO!

PUM PUM PUM

POFF! PAFF!

¿SE PUEDE SABER QUÉ HACES AHÍ?

¡ES... ES... TA... BA... BUS... CAN... DO... AL... LA... DROOM!

¿PERO NO ME SACA USTED DE AQUI? YO NO PUEDO SALIR.

¿QUÉ PASA?

¡YA HE COGIDO AL LADRÓN! ¡ERA CAÑAMÓN QUE ESTABA "LIMPIANDO" LA DES PENSA!

¡ME APUESTO A QUE SE LO QUE VAS A HACER!

¡YO ME APUESTO UN DURO FALSO A QUE NO LO SABES!

¡TU VAS A DAR UNA PALIZA A ALGUIEN!

¡HAS GANADO EL DURO! ¡TÓMALO!

¿HE ACERTADO?

¡NO! ¡PERO ME HAS DADO UNA IDEA QUE BIEN VALE UN DURO FALSO!

¡AY! ¡NO ME ZURRE MÁS, MI AMITO!

PAFF!

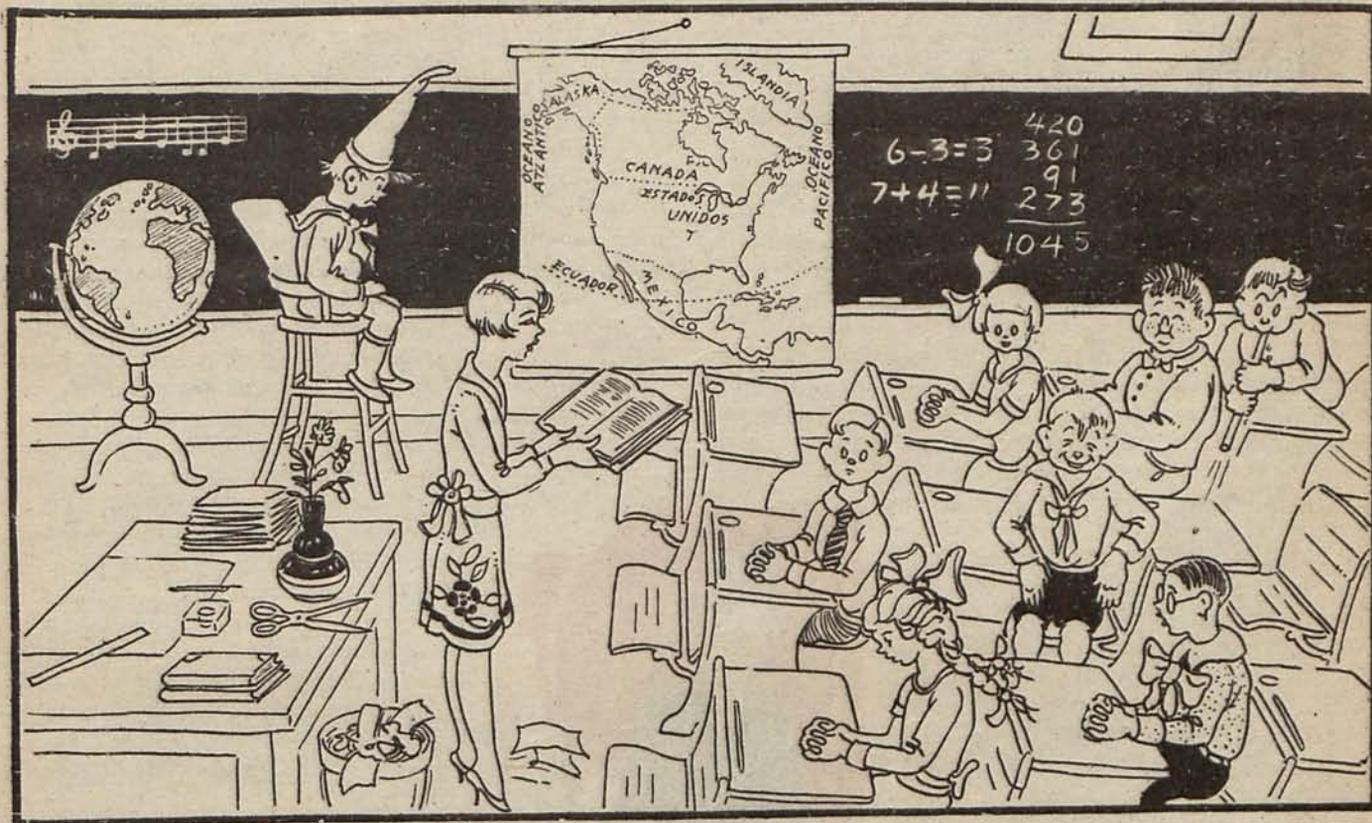
Willard
Pub. U. S. Pat. Off. Copyright, 1927
by The Chicago Tribune

Siendo suscriptor a Pinocho se pueden comprar las tapas para encuadernar la Colección mucho más baratas (3 pesetas) que no siendo suscriptor (5 pts)

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

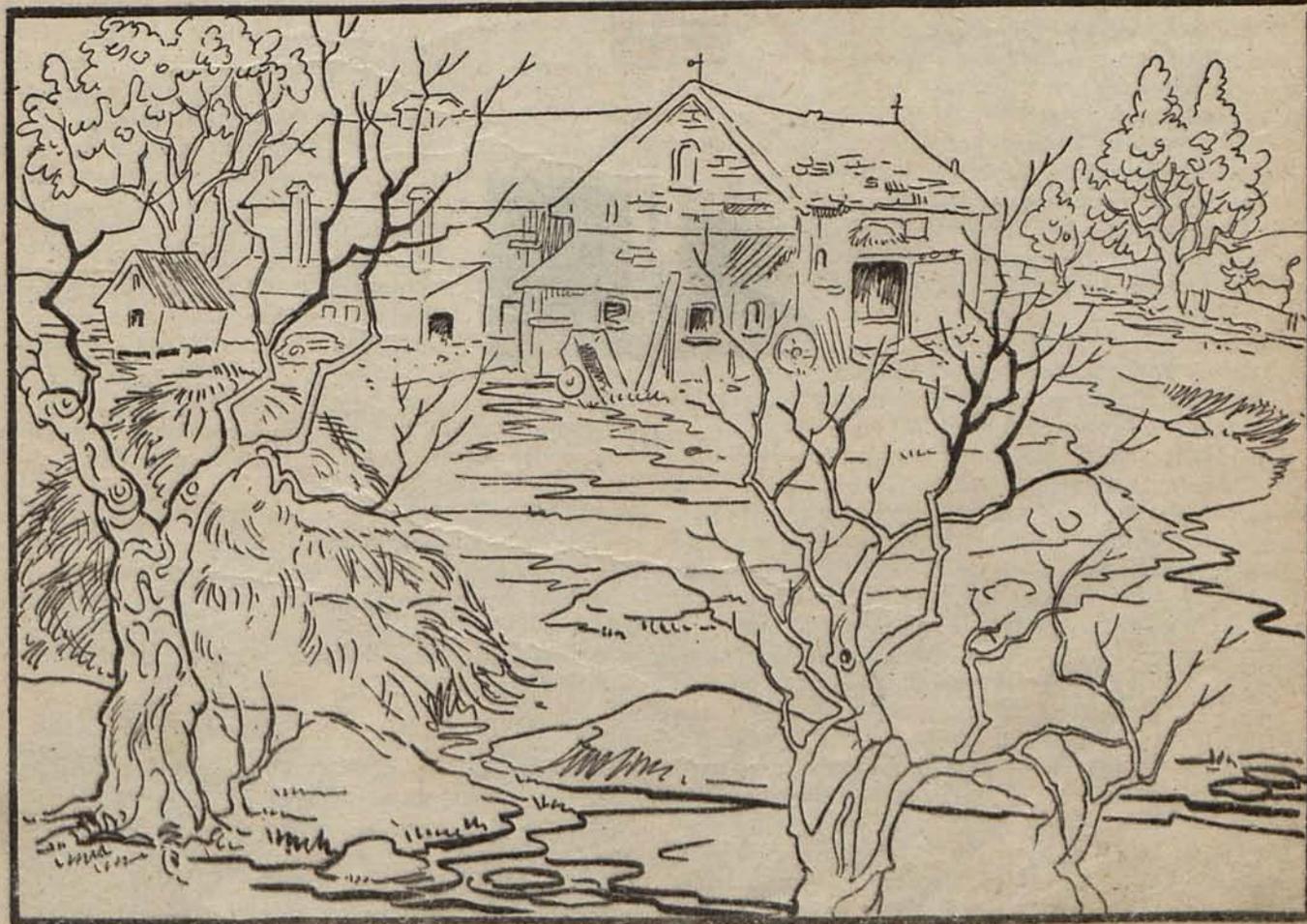
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUALES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Buscar los errores que hay en este dibujo debe ser tarea fácil para vosotros, por tratarse de un asunto tan conocido como es el colegio. Además podéis hacer gala de vuestros conocimientos geográficos, pues en el mapa hay bastantes errores también. En total son quince, y uno de ellos, por ejemplo, es que a los pupitres que pertenecen al niño de las gafas y al que está vuelto y se rie les faltan los huecos para poner las plumas.

LA CABRITA



La alquería está sola. El dueño está en el campo trabajando y se ha dejado la puerta abierta. La cabrita que tenía encerrada se ha escapado, y mordisqueando las hierbecillas se ha alejado tanto, que ahora no sabe volver a su aprisco. ¿Dónde está la cabrita?

SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA

Divisa primaveral.--¿Verdad que ésta es la época más deliciosa del año? Hace calor ya y todavía no

hace demasiado; el cielo está azul, brilla el sol... Bueno, a lo mejor, el día en que se publique en PINOCHO esta descripción primaveral hace frío, llueve a cántaros y yo quedo mal.

Por si acaso, curandume en salud, os suplico que me perdonéis la «coladura» en gracia a lo mucho que me entusiasma el mes de Mayo, porque consagra definitivamente la muerte del antipático invierno —aún en Abril el invierno resuella a veces— y anuncia el verano con su cortejo de vacaciones, viajes, veraneo, playa o sierra, campo, diversiones al aire libre etc..., etc...

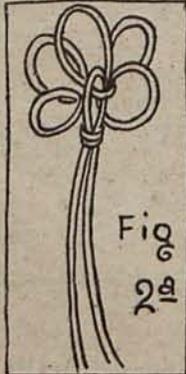
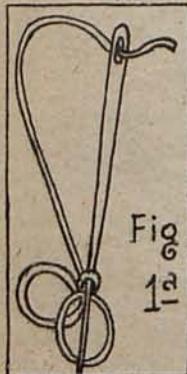
Lo que no me explico es por qué ha de decirse que el mes de María es el más largo de todo el año; ¿acaso no tienen otros meses igual número de días?

Por cierto que recuerdo con este motivo la leyenda según la cual, en tiempos remotos, el Señor Año invitó a sus hijos los Meses y les ofreció un magnífico banquete, en el cual se sirvieron esos dulces que al papá Año tanto le gustan y que se llaman Días.

Y dicen que de todos los meses Mayo fué el más tragón y se comió treinta y uno, otros, como Setiembre, Junio y Abril, solamente llegaron a treinta, y al pobre Febrerillo, bien porque llegase tarde a la fiesta, bien porque no supiese lo que se hacía, ya tiene fama de ser algo loco, solamente le tocaron veintiocho. Su padre, el Señor Año, compadecido, le regaló amablemente unos cuantos más que tenía en la despensa, pero Febrero ya no tenía apetito; se los guardó en el bolsillo y cada cuatro años se come uno.

Volviendo al mes de Mayo (del cual, a pesar de estas disquisiciones, no hemos salido), me parece a mí que sería bonito el que todas vosotras ostentáseis estas semanas una divisa primaveral, primero porque estamos en primavera, además, porque vosotras, lectorcitas queridas, estáis todo el año en primavera... en la de la vida, y, en fin, porque vosotras sois bonitas, graciosas, frescas y alegres como la primavera.

Esta divisa tendrá, naturalmente, que ser de flores; pero las flores naturales se marchitan en seguida, hay que renovarlas a diario y mucho me temo que a mamá le haga poca gracia el saqueo de los ramos que llenan los jarrones del comedor y de la sala. No queda más que el de las flores artificiales; la verdad, éstas me son tan antipáticas. No, si ya sé que las hay muy bien imitadas, pues precisamente esas son las que más me molestan. Y es que me parece desagradable, de mal gusto, todo lo que es de imitación: las pedrerías falsas, la risa afectada, el cariño fingido, las flores artificiales y los bucles postizos, todo ello es por igual indigno de una verdadera Pirulinda.



tadas, pues precisamente esas son las que más me molestan. Y es que me parece desagradable, de mal gusto, todo lo que es de imitación: las pedrerías falsas, la risa afectada, el cariño fingido, las flores artificiales y los bucles postizos, todo ello es por igual indigno de una verdadera Pirulinda.

(Aquí abro un paréntesis para anunciaros que he resuelto dar el título de «Pirulindas» a todas mis lectoras, tanto monta a decir a todas las niñas del mundo, ya que todas queréis a Pirula y todas le parecéis lindas.)

Pues bien, Pirulinditas, si no podéis gastar alhajas verdaderas, lo cual no tiene importancia alguna, os lo aseguro, no hay cosa más fácil ni de mejor gusto que prescindir de ellas en absoluto. No os debéis reír más que cuando tengáis gana; no luzcáis más rizos que los que os podáis hacer con el propio pelo; sed amables y corteses con todo el mundo, sin demostrar cariño más que a aquellos que os lo inspiren en realidad, y... rechazad las flores de trapo o de goma.

Las flores que yo os propongo para que os sirvan de divisa primaveral no imitan las verdaderas, son completamente distintas y no pretenden confundirse con ellas.

Además, las fabricaremos nosotras mismas con unas hebras de lana, en colores completamente arbitrarios; aunque los tallos no sean verdes, lo mismo da. Lo único importante es que los tonos armonicen con el traje que haya de adornar el ramillete.

Os aconsejo, sin embargo, que combinéis más de tres colores, dos para las flores y uno para los tallos.

Cada pétalo se hace según indica el grabado número 1: se enhebra la lana, se hace un nudo y se pasa por él la aguja, formando así una presilla, que es el pétalo. Acabada la flor, se hace en su respaldo el tallo, según indica la figura número 2.

Nada más propio que este gracioso ramillete para realzar, con una nota de color fuerte, la elegancia un poco triste de los abrigos y trajes de hechura sastre que se llevan durante la primavera.

Ved, por ejemplo, el traje que en esta página luce Maruchi; como es fácil adivinar por su aire satisfecho, ufano y un tanto vanidosillo, lo estrena hoy.

El abriguito corto recuerda por su hechura el traje de *smoking* de mamá, tanto como éste recuerda al de papá.

Se puede hacer en *kasha* o en duvetina; pero me parece más bonito hecho en pana y ribeteado con una trencilla de seda del mismo color.

Este modelo es marrón, y la falda que lo acompaña es de lana *beige*, claro, con anchos cuadros escoceses en marrón.

La blusita es de estilo de «camisero», en crespón de China del color de la falda; puede hacerse en *toile* de seda. La corbata, de seda lavable o de *foulard* en el tono marrón de la chaqueta y de los cuadros de la falda. El sombrero, de fieltro flexible, color marrón; lleva a un lado una hebilla de esa pasta que está ahora muy en moda que se llama *galuchat*.

Debo advertir que la Pirulinda Maruchi es rubia, y por eso se ha entonado el conjunto que lleva, en marrón y en *beige*; también podía hacerse en verde; para una morena me parece más a propósito el color granate o vino de Burdeos. El azul marino sienta bien a todas.

Si enseñáis este figurín a mamá, es muy posible que lo mande copiar para vosotras; en tal caso, no os vaya la alegría a hacer olvidar de poner en la solapa la notita risueña del ramillete de lana, vuestra divisa primaveral.

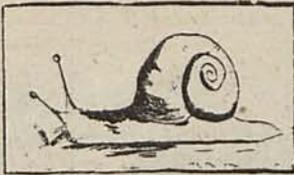


COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO



Don Pelayo.
LUIS GUERRERO.
Diez años.



Caracol.
MATILDE VEGA.
Doce años.



Un asno.
JOSÉ MARTÍNEZ.
Diez años.



En el tocador.
INÉS MADROÑAL.

Competencia extraordinaria.

En una gran ciudad había tres tiendas juntas, es decir, tres tiendas seguidas; cierto día, el tendero de la izquierda puso en el frente un letrero que decía así: «La liquidación más grande del mundo»; al otro día, el tendero de la derecha puso otro cartel que decía: «Desde hace mil años, en el mundo no se ha visto una liquidación igual»; y como el único que no había puesto letrero era el del medio, éste resolvió al día siguiente poner uno que decía: «Entrada principal del establecimiento».

JOAQUÍN ZUGAZTI.
Doce años. Buenos Aires.

—¿Qué es pila eléctrica?
—¿...?
—¿No contesta? ¿Acaso le preocupa la pregunta?
—No, ¡qué esperanza! Lo que me preocupa es la respuesta.

ALBERTO SIMÓN.
Baños (Buenos Aires).

Chistes.

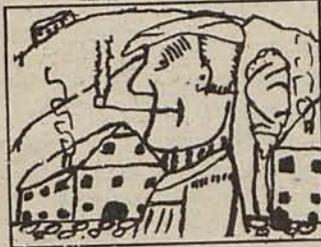
Un mendigo llega a una casa donde todos los días la señora le da una limosna y toca; le sale la criada y le dice:
—Buenos días; dígame a la señora que aquí está el mendigo de todos los días.
—La señora no está.
—Muy bien; pues dígame cuando venga que cuando salga me deje la limosna, y si no, que busque otro pobre.

Orientación.
Pinocho.—Currinche, usted tiene el norte delante, el este a su derecha y el oeste a nuestra izquierda. ¿Qué tiene a su derecha?
Currinche.— Señor profesor, a don Turulato, que me pincha la cara con su lápiz.

Niño terrible.
Pinocho.—Chonón, en lugar de trabajar, tú miras trabajar a Currinche, don Turulato y el Barón
Chonón.—¡Pero, papá, yo hago como el profesor!

Pinocho.—Currinche, ¿en qué año murió Carlomagno?
Currinche.—Señorito Pinocho, yo no sabía que había estado enfermo.

MERCEDITAS REY.



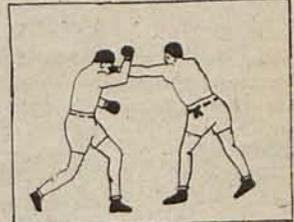
Caricatura.
F. LETAMENDIA.



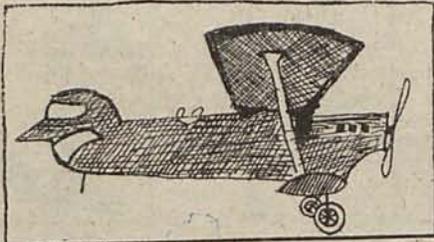
Autorretrato
LUIS GARCÍA
DI MARCO.
Diez años.



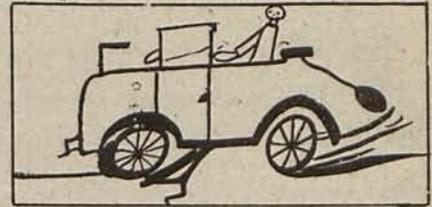
Casero vasco.
MAGDALENA
Y PÉS.



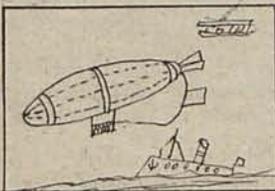
Un «match» de boxeo.
F. CASADO.
Doce años.



Uno de los aviones del vuelo Madrid-Manila.
JULIÁN ORDEN.
Trece años.



Pinocho en su automóvil.
ROSA MARTÍN.
Nueve años.



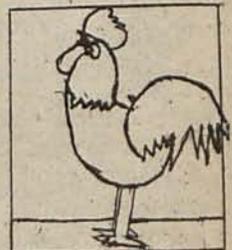
Dirigible volando sobre un buque.
F. A.



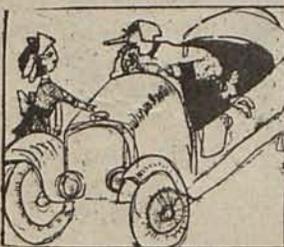
Dibujante.
J. FERRÁNDIZ.



Mi portera.
MIGUEL ALMIÑANA.



Mi pollo.
PACO LÓPEZ.



Pinocho con Pirula y su perro.
MANUEL DE VAL.
Nueve años.



Un viajante de horquillas invisibles.
M. GARCÍA.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 117
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.

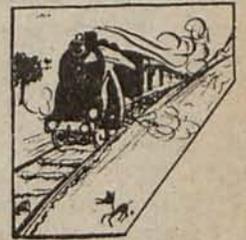
Chiste.

Sueño interrumpido.
Cierta noche, dos atorrantes dormían plácidamente en un banco del paseo de Julio, cuando, de improviso, un tercero, metiéndose debajo del banco, vino a interrumpir el sueño de uno de ellos.
Este, sacudiendo a su compañero, le pregunta:
—¿Qué pasa?
El otro, despertándose sobresaltado, le contesta:
—Nada, es el vecino del bajo que llega.

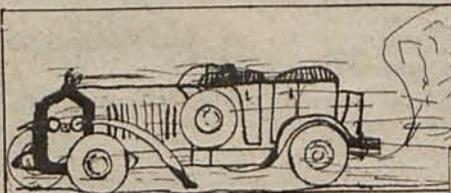
JORGE Y ENRIQUE RAFFO.
Unquillo (República Argentina).



Pirula.
MARCELINO FERNÁNDEZ.
Nueve años.



Un expreso.
CARLOS FRÍAS.



Pinocho a 100 por hora.
VICTOR JOSÉ GIL.
Doce años.



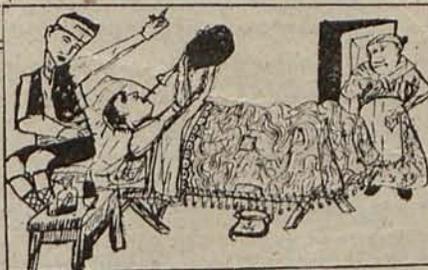
Una familia.
M. A.



—Oye, ¿sabes cuál es el colmo de un juez?
—Pues hacer cantar de plano a una profesora de canto.
LUIS GARCÍA.



El tranvía de Ventas.
CARLOS PEINADO.



Cuando yo esté en la agonía, Siéntate en mi cabecera,

Tráeme la bota de vino Y arroja de allí a mi suegra.
ANTONIO CLIMENT.
Once años.



Currinche.
LUIS VEGA.
9 años.



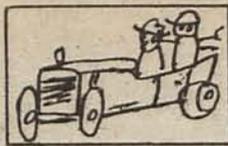
Pirula, artista.
R. M.
Nueve años.



Siluetas.
A. MORENO.



Paisaje.
AURORITA CARRASCO.
Diez años.



Un auto.
ELÍAS CUERVA.
Siete años.



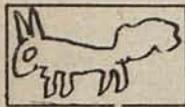
Mi tren.
ENRIQUE MONTILLA.
Once años.



Don Turulato.
ANTONIO MELA



Pinocho con uniforme.
M. NIETO MOLINA.
Diez años.



Mi perrito.
LAURA CASANOVA.
Seis años.



Chapete.
A. URRUTIA.
Diez años.



Pinocho.
ARACELI CAMPS.
Siete años.



Un molino.
JUAN NAVAS.
Once años.



Un «Fiat».
J. O.



Chonón.
P. CUENCA.



Pelusilla.
A. MARAVER.
Ocho años.

HISTORIETA MUDA

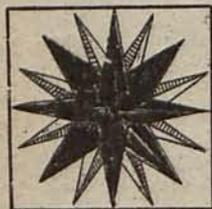
Por JOSÉ SERRANO CUBILLO.



Un barco de vela.
PEPE S. DEL VALLADO.
Nueve años.



Cañamón y su automóvil.
V. J. G.
Doce años.



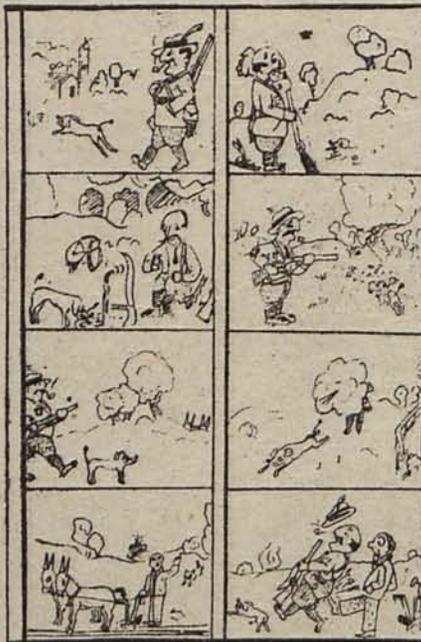
Rosa de los vientos.
MARUJA DELGADO.
Ocho años.



Un balandro.
EMILIO MENESES.
Nueve años.

HISTORIETA MUDA

Por R. GASCÓN.



Don Policarpo cabcita.
L. F. VILLVERDE
Catorce años.



Paco Morronguis
RICARDO ZARZUELO.



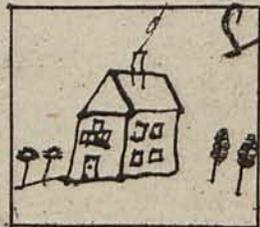
Pinocho, detective.
T. CERCÁS MORA.



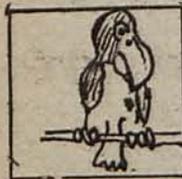
Moronguis.
NIEVES BANDREL.



Currinche y su novia.
A. CASAJÚS.



Mi casa.
M. DE LOURDES.
Ocho años.



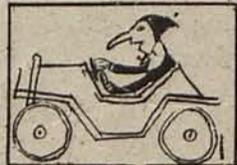
Laura la cotorra.
ANTONIO PELLICO.



Un buen amigo mio.
C. VILLARROYA.
Seis años.



Un galenista.
M. S. LEÓN.



Pinocho en auto.
ELVIRA SERRANO.
Once años.



Un soldado con el nuevo uniforme.
SANTIAGO GALLEGO.

La niña caritativa.

Había en cierto país una niña muy pobre, y yendo un día por el camino que conducía de la ciudad al pueblo donde se recogía, vió un pajarito que estaba medio muerto; la niña, aunque era muy pobre, había recogido pedacitos de pan pidiendo limosna en el camino, y le dió de comer algunas miguitas; pasaba por allí cerca un arroyo, se llenó sus manitas de agua y le dió de beber, y en aquel momento el pajarito se convirtió en un príncipe que le dió las gracias por haberle descontentado y le prometió su mano, casándose con ella por tener tan buenos sentimientos, viviendo felices toda su vida y siendo muy caritativa la princesa.

CARMEN F. DE ARELLANO.
Once años. Zaragoza.



Banquete pinochista.
PEPITA BALDASANO.

A pocos pasos de la muerte.

Allá en tierras de América del Sur, vivía un colono que tenía tres hijas; una se llamaba Raquel, otra Teresa y la menor María. Dicho colono poseía enormes plantaciones y una finca a orillas de un río, donde solían pasar los veranos.

Todas las mañanas iban a bañarse al río. En la finca había existido una laguna, la cual se secó y quedó cubierta de lodo y hojas secas.

Sus padres habían prohibido a las niñas repetidas veces ir a aquel lugar, diciéndoles que si lo hacían les amenazaba un gran peligro.

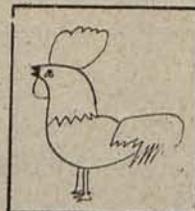
Una de las mañanas, después de bañarse, Teresa, la segunda de las niñas, corriendo, se aproximó a aquel lugar, precipitándose en el lodazal; los esfuerzos que hizo para salir fueron inútiles, pues se hundía más. A sus voces pidiendo socorro acudieron los criados, y uno de ellos, llamado Pedro, le arrojó una sábana, mientras que los otros la sacaban. De esa manera pudo sujetarse unos momentos y salvarse de una muerte segura.

Después se enteraron los padres de las niñas de lo ocurrido; colmaron de atenciones al criado, y fué Pedro el sirviente más apreciado de la casa.

RAFAEL LÓPEZ.
Trece años. Sevilla.



Pinocho a caballo.
JOSÉ ALEMANY Y LÓPEZ.



El gallo tan gracioso se llama Alberto Pepito



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quiero que me hables, querido buho, del espejismo. Estoy intrigado por saber a qué obedece este fenómeno.
 —¿Lo has presenciado tú alguna vez?
 —Yo, nunca; pero en un libro de aventuras he leído con verdadera angustia las penalidades que pasó una caravana perdida en el desierto por causa de un efecto de espejismo. Cuenta este libro que algunos individuos de la caravana murieron extenuados de fatiga y de sed cuando creían llegar a las orillas de un lago que luego resultó ser un engañoso espejismo. ¿Es esto posible, amigo buho?
 —Perfectamente posible. Es un fenómeno que se presenta muchas veces en el desierto y en otras regiones donde el calor es muy excesivo.
 —Pues yo creía que el espejismo no era más que una ilusión.
 —Y lo es, efectivamente. Pero es una ilusión que obedece a causas reales y que tiene efecto por virtud de ciertas leyes físicas perfectamente explicables.
 —Eso es lo que yo quiero saber.
 —A simple vista comprenderás que la palabra espejismo se deriva de espejo.
 —Es natural.
 —Y ya sabes que como espejo se puede considerar todo objeto que tenga la propiedad de reflejar las cosas en su superficie. Un metal bien pulimentado, un tablero barnizado a muñeca, la superficie tranquila de un estanque o simplemente un trozo de cristal, hacen las veces de un espejo. En todos estos objetos se reflejan los rayos luminosos por el fenómeno físico que se llama reflexión de la luz.
 —Conozco el fenómeno, pero no sé ciertamente a qué obedece.
 —Los rayos luminosos se proyectan siempre en línea recta y en una sola dirección. Es decir, que cuando, por ejemplo, miramos una torre que está a cierta distancia de nosotros hay una línea imaginaria llamada visual que va en línea recta desde nuestros ojos a la torre. Si entre nuestros ojos y la torre interponemos un espejo, entonces la visual choca con el espejo y se vuelve hacia atrás del mismo modo que una pelota cuando choca contra una pared, sólo que la pelota describe en su trayectoria una línea curva y la visual una recta. Tanto la pelota como la visual trazan un ángulo, cuyo vértice está respectivamente en la pared o en el espejo.
 —Está bien; pero la pelota va a caer al suelo y la visual ¿dónde va a parar?
 —La visual se pierde por el espacio, y al tropezar con los diversos objetos que hay en él, los vemos reflejados en el espejo. Por esto, gracias al fenómeno de reflexión, podemos ver las cosas que están detrás de nosotros. Mediante una preparada combinación de espejos podríamos ver desde una habitación cualquiera de nuestra casa lo que ocurriese en otra habitación, a pesar de los tabiques y pasillos que separasen a ambas. Este fenómeno tiene una aplicación práctica de enorme utilidad en los periscopios que se usan en los submarinos y en las trincheras.
 —Es decir, que la reflexión consiste en desviar la dirección de los rayos luminosos ¿no es eso?
 —Eso mismo.
 —Pues ya está comprendido. Háblame ahora del espejismo. En el desierto no hay ningún espejo, ni ningún metal pulimentado, ni tableros barnizados, ni...

—No sigas, querido Chonón, todo eso ya lo sabemos; pero hay otras cosas que producen el mismo fenómeno.
 —Esas cosas son las que todavía no me has dicho cuáles son.
 —Ten paciencia, que todo llegará. Tú sabes que el aire frío no pesa lo mismo que el aire caliente.
 —¿Y qué quieres decirme con eso?
 —Quiero decirte que en las regiones donde hace mucho calor hay capas de aire, que son las que están cerca de la superficie de la tierra, que están más calientes que las capas altas. El aire caliente es mucho más denso que el aire frío, y esto hace que los rayos luminosos no atraviesen estas capas de aire denso con la misma facilidad que atraviesan las de aire frío.
 —Lo entiendo perfectamente.
 —Esta densidad llega a veces a ser tan intensa, que los rayos luminosos chocan contra ella y se reflejan como si fuera un espejo. Es decir, como lo es en realidad, pues los objetos que hay sobre el terreno se ven en esta capa de aire como se verían si se colocase en el cielo un inmenso espejo. En esto radica el fenómeno del espejismo. Un oasis, una palmera, un pequeño estanque que estén situados mucho más allá del horizonte visual, pueden aparecer reflejados en el cielo a poca altura sobre la tierra y hacer creer a los caminantes del desierto que se hallan próximos a un lugar donde poder mitigar la sed o acogerse a la bienhechora sombra de unos árboles.
 —¿Y no conocen que se trata de un engaño?
 —A veces no. Es tan cruel el fenómeno, que a mayor distancia resulta más perfecto el espejismo y atrae a caravanas lejanas, las cuales, a medida que van acercándose al lugar del engaño, van viendo con terrible desconsuelo cómo se desvanece poco a poco la visión del oasis salvador.
 —¿Y sólo ocurre esto en los desiertos?
 —También se presenta el fenómeno en el mar, creando en los marinos la ilusión de que se hallan próximos a unas tierras que en realidad están a muchas millas de distancia. Otras veces no es raro ver sobre un barco que navega por el horizonte su propia imagen invertida y tocándose las puntas de los palos.
 —¿Es curiosísimo el fenómeno, pero es lástima que arrastre a engaños tan fatales!
 —¿Qué se le va a hacer, querido Chonón! Contra las leyes de la Naturaleza no podemos hacer nada.
 —Pues yo voy a discurrir a ver si a fuerza de calentarme los sesos invento algo para evitar engaños. Déjame solo que ahora mismo quiero empezar a cavilar.
 —Por mi parte no quiero molestarte. Cavila, cavila; pero mucho me temo que al fin y a la postre acabes siendo una víctima del espejismo de tus propias ideas.
 —¿Qué dices? ¿Pero es que también hay espejismo en nuestros pensamientos?
 —¡Ya lo creo! Siempre que se idean cosas imposibles hay una fantasía que no es ni más ni menos que un espejismo.
 —Pues contra ese espejismo ya he descubierto el remedio. No pensar en cosas imposibles. Así que venga mi gorro y mi abrigo y vámonos a tomar el fresco; ¿para qué pensar en lo que no tiene remedio?
 —Tienes talento, Chonón. Vámonos.
 —Vámonos.

DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

TERCERA SERIE



Precio 1,25 ptas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

ADEMAS

de los regalos anteriormente establecidos, los suscritores a PINOCHO por un año reciben ahora un BONO de VEINTICINCO PESETAS, que se admite COMO DINERO POR TODO SU VALOR para pagar un pedido de libros de CINCUENTA o más pesetas en la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Los suscritores POR UN AÑO que no hayan recibido este BONO pueden pedirlo a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, incluyendo un sello de 25 céntimos y lo recibirán seguidamente.

¡VÁLE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escríbase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor no podrá usar este vale.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

FALLO DEL JURADO

PREMIOS

- Primer premio.*—Angel Ubeda, Falset (Tarragona).
Segundo premio.—Dolores López, Buenos Aires.
Tercer premio.—Simón Serrano Bonilla, Posadas (Córdoba).
Cuarto premio.—Antonio Aparicio, Soria.
Quinto premio.—Rafael Novella, Madrid.

ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

Mercedes Ramal, Madrid; Aniceto Rosalyda, Burgos; Juan Hijas, Valladolid; Manuel Sancho, Sevilla; Esteban Marcos, Madrid; Julio Sierra, Medina del Campo; Luis Ugarte López, Madrid; Honorio Mendiola, Madrid; Isabel Llorens, Gerona; Rafael Ruiz del Portal, Córdoba; Emilio Santos Bedoya, Sevilla; Anita Carrasco, Ceuta; Julián Martínez, Coruña; José Regúlez, Castellón; Federico Salinas, Badajoz; Ismael Nieto, Madrid; José de Aristizábal, Bilbao; Jacinto Rivero, Guadalajara.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja.

El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que en-

tregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscritores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido (los suscritores de América tendrán tres meses para reclamarlo), acreditando asimismo ser suscritores acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prueba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concurso, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga suyo un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortal, colosal y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.

VIDA PINOCHISTA

María del Carmen Segovia, calle de Argüelles, número 4, Madrid, desea escribirse con otra Pinochista de su edad (quince años) de Vigo.

Carlos Frías, calle Mayor, El Bonillo (Albacete), desea cambiar, particularmente, fotografías de su país con otro Pinochista que le mande del suyo y que sea aficionado a la fotografía como él.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Juan O. Díez.



Antolín González Ortiz de Urbina.



Rubén Gutiérrez.

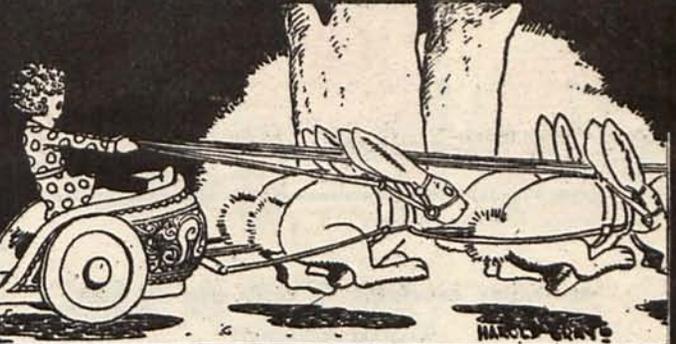


Luciano Gill.

PAPEL PINOCHISTA PARA CARTAS

Con los retratos de Pinocho, Pirula, Paco Morronguis, don Turulato, Currinche y Chapete. Es el que debe usar para escribir todo Pinochista. Cada carpeta con 6 pliegos y 6 sobres, 0,65 pts. Cinco carpetas 3 pts = De venta en las buenas papelerías y en Editorial "Saturnino Calleja" S.A. Calle de Valencia 28. Madrid

ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GARY

¡BUENO PELUCHO;
NOS HEMOS PER-
DIDO Y SE ESTA HA-
CIENDO DE NOCHE!



ES PARA MORIR-
SE DE HAMBRE Y
DE FRIO. ¡MIRA,
ALLI SE VE UNA
CASITA!



¡AUNQUE TENE-
MOS HAMBRE, YO
NO ME ATREVO A
MENDIGAR. PUEDE
QUE SEA BUENA
GENTE PERO....
NO QUIERO MEN-
DIGAR!



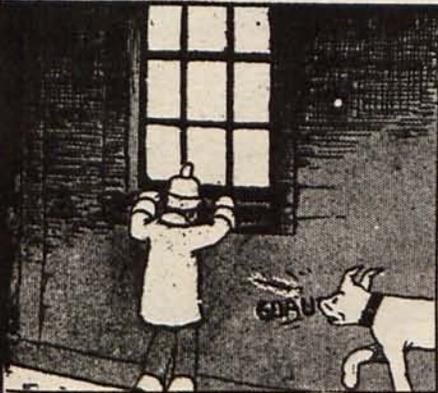
ESTÁN CENANDO
..... MIRA LOS NI-
ÑOS.... ¡AH! ¡QUIÉN
TUVIERA UN HO-
GAR!



¡VAMOS DESPA-
CITO A VER QUE
CENAN, MIRARE-
MOS POR LA VEN-
TANA!



¡CHULETAS DE CER-
DO! MIRA QUE GOR-
DITOS ESTÁN TODOS.
Y NOSOTROS SIN
COMER CALIENTE
HACE YA DIAS!



¡CHUCHO!



¡PELUCHO,
VEN AQUI!



¡VÁMONOS DE
AQUI NO SEA QUE
NOS METAMOS SIN
QUERER EN ALGUN
LIO!



¡NO HAY QUE ENFA-
DARSE PELUCHO POR-
QUE LA GENTE TENGA
MAS QUE TÚ! ¡ELLOS NO
TIENEN LA CULPA DE
NUESTRA MALA SUERTE!



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1937 by The Chicago Tribune

ASÍ EMPIEZA

"PINOCHO EN LA INDIA"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo).

I

EL «FAKIR» AMENAZADO — LUCHA CON UN TIGRE

RACHAKURRATHAFI



UES, señor —exclamó un buen día Pinocho—, es verdaderamente vergonzoso que yo no haya estado todavía en la India. Un país donde se caza el tigre con la misma facilidad que nosotros cazamos la perdiz; donde se usa el elefante hasta para andar por casa; donde hay *fakires* misteriosos y tantas otras cosas extraordinarias, es digno de que yo lo visite.

Y como para Pinocho del dicho al hecho no había trecho alguno, cogió su maletín de viaje y se marchó a la India.

Y llegó.

Lo primero que vió fué una gruta, y delante de ella un viejo muy delgado, con cara de hambre y una barba muy larga. Este viejo estaba en cuclillas sobre un pie y con el otro en vilo.

—Este señor debe de ser un *fakir* —pensó Pinocho, encantado de su descubrimiento. Y se disponía a saludarle cortésmente, cuando vió que un tigre se acercaba agazapándose traidoramente, sin duda con la mala intención de tragarse al pobre *fakir*, que no se daba cuenta del terrible peligro que corría.

Pero ya conocemos el corazón de Pinocho. Cuando el tigre se disponía a lanzarse sobre el indefenso *fakir*, nuestro valeroso muñeco, armado de un puñal, se plantó ante la fiera. La lucha fué breve, pero terrible. El tigre abrió su boca para tragarse a Pinocho; pero éste, con admirable precisión, le clavó el puñal en el corazón. La fiera lanzó un rugido de dolor y se desplomó agonizante.

El *fakir* había visto todo lo ocurrido. Sin cambiar de postura, exclamó:

—Hijo mío, eres valiente y bueno; me has salvado la vida, y como toda buena acción tiene su recompensa, voy a enseñarte un secreto que puede servirte de mucho.

—Usted dirá.

—En un frasquito que tengo oculto bajo esa piedra que hay a la entrada de la gruta, guardo un licor maravilloso. Cógelo, yo te lo regalo, y cuando te encuentres en una situación desesperada, bebas la tercera parte de su contenido, y al mismo tiempo pronuncias esta palabra: «Rachakurrathafi». Inmediatamente te convertirás en el animal que desees. Te advierto que el frasquito sólo sirve para tres veces.

—¡Caramba! ¡Eso es una maravilla! ¿Y cómo dice usted que hay que decir?

—«Ra-cha-ku-rra-pa-tha-fi»; es una palabra árabe.

—No se me olvidará. Y para volver a tomar mi forma natural, ¿qué debo hacer?

—Nada; en cuanto lo desees volverás a convertirte en lo que eres.

—Pues, señor *fakir*, muy agradecido.

—No hay de qué, hijo mío; y ahora retírate, que aún me quedan quince añitos de inmovilidad absoluta y no puedo perder tiempo.

—Pues que usted lo pase bien.

Y Pinocho siguió su camino, después de haber cogido el precioso frasquito. Mientras andaba, repetía la palabra misteriosa, para que no se le olvidase: «Ra-cha-ku-rra-pa-tha-fi».

II

LA DESAPARICIÓN DE LA PRINCESA KU-MY — PINOCHO Y LOS «THUNGS»

EN LA BOCA DEL LOBO



la caída de la tarde llegó Pinocho a una gran ciudad; entró en ella y empezó a pasear por las calles.

Las mujeres iban vestidas con gasas de mil colores, y los hombres llevaban turbantes adornados con coral; por todas partes se veían tapices, y las puertas de las casas estaban reemplazadas por cortinas de seda y damasco. Pinocho, algo cansado por la caminata, se sentó en la terraza de un café, donde le sirvieron horchata de rosas. Al poco rato vió llegar un grupo de esclavos que gritaban: «Paso, paso». Y al punto apareció una comitiva. Primero marchaba un elefante de inmaculada blancura, sobre el cual, entre cojines de terciopelo, estaba sentado el Rajah, magníficamente ataviado con una capa de púrpura. Junto a él iba un negro, dándole aire con un abanico de pluma de pavo real; otro negro sostenía un quitasol de gasa y oro. Toda la corte rodeaba al elefante Imperial y gran parte del ejército le seguía.

A pesar de tantas comodidades, el Rajah parecía tan triste y daba unos suspiros tan lastimosos, que Pinocho, que era muy compasivo, se conmovió profundamente.

—¿Qué le pasa a ese señor? —preguntó a una viejecita que cerca de él contemplaba, humildemente inclinada, el paso del soberano.

—¡El pobre! Acaban de robarle a su hija, la princesita Ku-my, la más hermosa y la más buena de todas las princesas —respondió la viejecita.

—¿Y quién la ha robado?

—Los *Thungs*.

—¿Y qué es eso?

—Los *Thungs* es una sociedad misteriosa, dedicada al culto de la diosa Rarrahi. Esta sociedad se dedica a robar muchachas para sacrificarlas a la diosa.

—¿Y qué hacen con ellas?

—Las cortan el pelo al rape, y luego las meten en una jaula para toda la vida.

—¡Qué horror! ¿Y dices que a la hija del Rajah la han robado los *Thungs*?

—Hace dos días. Y lo peor es que, según nuestras leyes, una princesa sin pelo tiene que renunciar a la Corona.

—Está bien.

Y dichas estas palabras, Pinocho se despidió de la viejecita.

Inmediatamente concibió la idea de salvar a la princesa y destruir a la terrible sociedad que tantos crímenes cometía. Reconozcamos que Pinocho tenía un corazón de oro.

Son las doce de la noche y estamos en la selva sagrada de Rarrahi.

De entre unas plantas sale arrastrándose un indio. De pronto lanza un agudo graznido, que imita perfectamente el canto de la lechuza. Al poco tiempo se oye cercano el silbido de un sapo, y casi inmediatamente salen dos indios. Uno de ellos lleva las manos atadas y los ojos vendados.

El que esperaba primero, dice:

—¿Qué hay, Julim, traes al nuevo afiliado?

—Aquí le tienes, Dakar. ¿Y el jefe?

—En la gruta de los misterios nos espera.

—Pues marchemos.

Dakar y Julin se pusieron en marcha, conduciendo al indio vendado, que no había dicho una palabra. Al cabo de un rato llegaron ante una gran Peña.

Entonces Dakar imitó tres veces el grito de la corneja. Inmediatamente la Peña empezó a girar, dejando al descubierto una entrada subterránea. Los tres indios se metieron por el boquete, y tras ellos volvió la Peña a girar, tapando la entrada misteriosa. Después de caminar por un lóbrego pasadizo, los tres indios salieron a una estancia donde se hallaban sentados cuatro enmascarados. Era el Tribunal de los *Thungs*. Cuando aparecieron los tres indios, el que parecía el jefe se levantó, y dijo:

—Que se adelante el nuevo afiliado y se quite la venda.

El interpelado avanzó, y arrancándose la venda, miró en su derredor.

—¿Cómo te llamas? —interrogó el jefe.

—Kata-Pinochi.

—¿Quieres entrar al servicio de la diosa Rarrahi?

—Sí.

—¿Sabes lo que te espera si nos hace traición?

—La muerte.

—¿Juras consagrar tu vida por la diosa?

—Juro.

—Está bien; quedas admitido.

¿Será necesario decir que el nuevo afiliado era Pinocho, que disfrazado de indio se había metido en la boca del lobo para salvar a la princesa?

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL

«SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN LA INDIA y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente

aunque vivas en América.